gico que formaría su carácter castellano para siempre, su aura mesetaria, su telúrica patria construida bajo la impronta de horizontes infinitos, de heladores inviernos y estíos de fuego. Polvo, sudor y hierro de Castilla tatuados en su alborada alcarreña, rumor de pisadas de erráticos campesinos, sinfonía pastoral y dulce miel mesetaria que luego emergerían trasfiguradas en sus novelas.

Y si Baides le da el pálpito castellano, La Mancha es la que, con su inmensidad cósmica, con su abstracción de planicie orlada de cumbres, le otorga su médula existencial y honda cuando, siendo muy niño todavía, sus padres, que ya tienen otros hijos, se trasladan a Los Cortijos de Fuente del Fresno y a Membrilla, ambos de la provincia de Ciudad Real. Primero en Membrilla, después de Los Cortijos y más tarde de nuevo en el primero, esos pueblos manchegos le sembraron vides como corona, crepúsculos sangrantes como vino que bebió con ansia de novicio de una religión que es tierra y sol y sed de eternidades, tal y como la vieron y soñaron Don Quijote y Sancho, alma de España, y autores de ese libro magnífico titulado Miguel de Cervantes.

Cuántas veces evocó Angel María la abnegada figura de médico rural de su padre, allá en aquellas tierras manchegas donde le ofrendara su ejemplo de vocacional entrega al hombre necesitado, instalando tempranamente en su hijo esa pasión por la solidaridad, ese amor al lugar sin límites donde anida el ave majestática de la fraternidad. Frente a las rudas serranías manchegas forjó Angel María la leyenda de un hombre ideal que tenía el rostro de su padre, jinete por las mil trochas y vericuetos de aquellos remotos contornos, con su maletín de médico y, a veces, llevando a su hijo a la grupa del caballo, abrazado a él, con el rostro pegado a su espalda como aldaba llamando a las puertas de su corazón. Los Cortijos de Fuente del Fresno significaron para el que luego sería apasionado novelista de realidades, la verificación de una verdad ruda, pero tierna también, doliente y esperanzada a la vez. En su conciencia quedarían para siempre aquella vida rural y agreste, las noches enjoyadas de estrellas, la inmensa bóveda celeste, más inmensa allí si cabe.

Después, y hasta el año 1920, Lera vive en Membrilla y se le instalan en su alma de niño las blancas paredes de la pequeña, humilde escuela rural, regida por un viejo maestro. Agua fresca que los escolares bebían en vasijas de hojadelata. Tinajas de barro, la sed, el frío invernal, los campos cereales y el humo que en las cumbres anunciaba el laborioso afán de los carboneros. Lera recordó siempre aquella estancia suya en La Mancha como una de las épocas más limpias y enriquecedoras de su existencia. Recordaba que **«hacían cine»** en su casa, sirviéndose de una vieja linterna mágica que tenía su padre. Y las marionetas en el improvisado escenario de aquel maravilloso ayer perdido de la niñez. Y su primer amor, su Teresita, la hija del maestro. Cuántas veces añoró aquellas fiestas de San Antón, y aquellos corceles enjaezados con espejuelos y cintas multicolores, galopando por las calles del pueblo. Eco de cohetes, garridas mozas en las rejas, con sus enamorados tapados con mantas, en una ceremonia de introvertido amor, tradicional en la región manchega.

Lera acompañaba a su padre por la comarca en época de elecciones, comprando los votos para su partido con duros de plata, de quintería en quintería. Un día quedó especialmente grabado en su mente: Ve a su padre sentado en un sillón de mimbre, a contraluz de un ventanal. Su progenitor está leyendo el periódico. En la primera página aparece un militar de grandes bigotes. Es un enérgico retrato a pluma del general Silvestre, que ha perdido la vida en el Desastre de Annual. El niño hace preguntas y el padre responde. Fue la primera vez que allá, en un lugar perdido de La Mancha, sintió el dolor de España, la trágica y hermosa contradicción de ser español ■.

Ramón HERNANDEZ

En los puntos más importantes de la Comunidad castellano-manchega se ha presentado la muestra itinerante «La otra pintura de Castilla-La Mancha», en la que los nuevos valores de las cinco provincias aporten su concepción del arte, que se enmarca dentro de todas las vanguardias actuales.

Los participantes son Santiago Vera, Máximo Robisco, Carmen Alvarez García, Javier Díez de Valdeón, Oscar Benedí, Carmen García Moya, Carlos Clares, Florencio Garrido, Juan José Molina, Santiago Serrano y Simeón Saiz.

El día 24 de septiembre el poeta alcarreño Ramón de Garciasol recibió en Guadalajara un homenaje ofrecido por la Delegación Provincial de Cultura de Guadalajara y el Patronato Municipal de Cultura del Excelentísimo Ayuntamiento de Guadalajara. La convocatoria iba asimismo firmada por escritores y amigos del poeta.

Después de una recepción en el Ayuntamiento, se procedió al descubrimiento de una placa que da el nombre de Ramón de Garciasol a una calle de la ciudad. Seguidamente, en el Palacio del Infantado, y dentro de la II Semana de Poesía de Castilla-La Mancha, tuvo lugar un homenaje poético por parte del grupo «Enjambre».

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Hora, La. #1, 12/1984.